

Jacobo Danke

Angel Cruchaga Santa María

Poeta de la pasión mística (1)

Para hablar de Angel Cruchaga, se necesita haber profundizado como un buzo el estuario de su poesía. La poética de este hombre eternamente abrazado a una cruz de madre selva, es una poética que evade el tiempo, que va desde un corazón flechado por la luz del Paraíso, hasta el corazón de los hombres, enfermo por el resplandor de las pasiones. No hilvanemos una frase cualquiera al referirnos al más incontaminado de nuestros poetas. Digamos: Angel Cruchaga merecía ampliar el círculo de nuestras predilecciones y, por ende, conducirnos de la mano al encuentro de la Divinidad.

Recuerdo la ocasión aquella en que, husmeando en una librería de viejo, tropecé con un volumen de *Selva Lírica*, la antología más completa y la más histórica que se haya publicado en Chile. Allí trabé conocimiento, por primera vez, con Angel Cruchaga. Y entonces el incipiente, el hospicianito de poeta que había en mí, no pudo menos que convertirse en el lazarillo de este hombre deslumbrado por todas las potencias del verbo y de la sensibilidad. En ese Valparaíso, al cual lloro durante las veinticuatro horas del día con ese llanto que no se prostituye en lágrimas sino que se dignifica en remembranzas, hallé el báculo que me iba a responder con su fuerza de sostén,

(1) Conferencia dada por su autor en el Salón de Honor de la Universidad de Chile.

y que iba a servirme de proa, de bauprés, de timón y de obenqué en mis iniciales e inseguras expediciones por el mar de sargazo de la poesía.

Un lazarillo de curiosa factura, que no guiaba a su tutor, sino que marchaba a su siga, enceguecido por el brillo de una metáfora, por la hebra de agua que goteaba infatigablemente sonora sobre la lámina de una estrofa, de un cuarteto, de unos alejandrinos; por el signo poético de este atormentado sin corona de espinas en la sien y sin vara de escarnio entre las manos, pero pasmosamente identificado con el revolucionario de Nazareth, con su infinita tortura y su halo de martirio expandiéndose por los siglos de los siglos.

Era un manantial, y había que beber de su linfa, para que la sed no nos convirtiera en estallido de impotencia el latir furioso de las venas. Todavía se acrecienta dentro del metal de mis impresiones, aquel poema cincelado con sangre de misticismo y de paganismo, orillado con bíblica sabiduría por el buril de una métrica disciplinadamente pulida y centelleante, como un ígneo batallón de ángeles guerreros.

REVERENTEMENTE

*Tu rostro en el silencio definido
con una lenta suavidad de orfebre,
sobre el claro holocausto de mi vida
tiene el prestigio de una madre joven,
bella, maravillosa y silenciosa.*

*Mi refinamiento es un inválido
lisiado por la luz de los minutos
y el éxtasis continuo de la sombra,
donde ponen los ojos santidades
de niño triste y de convaleciente.*

*Tu rostro en el silencio definido,
tiene el prestigio de la madre pobre
y el vago aroma de la hermana muerta
que mira de soslayo, tras la onda
del silencio monstruoso.*

*Cuando busco tu rostro, mis virtudes
se adivinan más débiles y humildes
y encorvadas se acercan a la vida,
en un lento desfile de mendigos.*

*Y persigo tu rostro en el silencio
como el eco punzante de una voz
persiguiendo la sombra de una virgen.
Y no estás en el agua desmayada
ni en la paz femenina de la hostia.*

*Para verte, mi carne se disuelve
y mis manos se duermen como ancianos.
Tu rostro en el silencio se define
en los ojos solemnes de mi madre
cuando sufre mirándome los ojos.*

Porque Angel Cruchaga es eso: un místico pagano. Su cristianismo está sembrado de jacintos y de mujeres hermosas; de música y de imprecaciones, de amor y de elegías sagradas. Reverdece inmarcesiblemente en él el perfil del madero; mas, es una mujer la que extiende sus brazos misericordiosos sobre la tierra, y es de una boca plegada en el arco del beso, de donde ruedan las últimas palabras del perdón y de la agonía. Emmanuel, el Christus el vagabundo socialista de Galilea, ha aromatizado el espíritu del poeta, y ha dejado vibrando en él una síntesis inalienable de salvación humana; de elevación de la materia: un rostro de mujer tatuado con todas las peregrinaciones del dolor; vale decir un rostro maternal, que eso y no otra estampa es la mujer, mitad nuestra, deliciosamente incomprendida de la miseria física varonil, pero vertiente de frescura en la cual hundimos los labios agrietados y en cuyo fondo vemos retratarse el principio, reiteradamente renovado, de la creación universal.

Para aproximarse a la poética de Angel Cruchaga, es preciso conocer la gama innumerable de su léxico, fabricado con materiales tan diversos y sólidos, tan unos y frágiles, que, inevitablemente, la construcción abarca escondidos horizontes-límites sahumados por el efluviio de la soledad de la muerte, del Edén, del Otoño, del humo, de la piedra, del musgo, de la nube, del píelago, del pájaro y de toda esa multitud de acce-

sorios aparentemente imperceptibles que el poeta convierte en hallazgos, al contacto con la linterna de siete colores de su imaginación. Sabe hasta dónde se incrusta la belleza en la lepra del mendigo, en la transparencia mediatibunda del patio, en el idioma perfumado del jazmín, en la claridad reconfortante del milagro femenino, en el pensamiento multiplicado del pozo, en la añoranza, como de barco desmantelado, de los álamos. Y su destreza de encantador de serpientes de cristal, nos sopla al oído este misterio:

CANTA MI CORAZON.....

*Canta mi corazón como las islas
de un ignorado mundo.
Nacen de mi silencio melodías
de estrellas rotas en un viento obscuro*

*Quien te miró los ojos,
ha de quedarse, hasta morir, inmóvil.
Allá en la eternidad será de pedral*

*Yo adoré hasta la hierba
que estuvo cerca de tu maravilla
y besé desde lejos
los árboles del patio de tu casa,
y en el umbral de tu mansión, por siempre,
como un lebrel, dejé tendida el alma.*

Eso es su poema: misterio; pero misterio gozoso y tormentoso, de empecinada raíz. Y en la penumbra en que fluctúa la desazón de Angel, el misterio recobra un punto de parentesco con lo remoto, con el andamiaje de la más acendrada verdad, que, sin lugar a dudas, es otro de los misterios sinfónicos de la poesía.

Se diría que una beligerancia de todo lo terrenal contra un país de brumas celestiales, se ha desencadenado, como anticipación del desencanto hecho filo, en la poesía cruchaguiana. Aquí se alza un dique, un muro de lava, y a través de un míserimo ventanillo — digamos el hueco dejado por el tránsito de una estrella — se divisan las praderas de esmeralda de la

gloria. El hombre está azotándose contra la adversidad de su destino limpio y su marío.

POR LA TRISTEZA DE TUS OJOS

*Ya es imposible que te llame esposa!
Oh lá alegría de tener un hijo
que fuera de tu sangre y de la mía,
que tuviera mis alas y tus ojos!*

*Un hijo claro como tú, profundo
como el haz de los siglos. Ya no puedo
ni sonreír, mi corazón no sabe
perfumarse de flores en la muerte.
De quien serán mis alas y tus ojos.
en un futuro que no miraremos!*

*No vagará por los jardines claros
el hijo que sonría por nosotros.
Y tus cabellos no tendrán retoños!
Nadie los besará cuando te mueras!*

*Hasta la muerte llorará tu encanto.
Un hijo tuyo para eternizarte!
Su corazón semejaría un bosque
sonoro y perfumado en el crepúsculo.*

*Ya es imposible que te llame esposa.
Sufren mis alas entre las estrellas.
Lloro por la belleza de tus ojos
y un grito lacerante de mi boca
le dice a Dios: Se pudrirán sus ojos,
sus ojos bellos hasta la tristeza.
Y qué encanto tendrá la tierra tuya,
ruda como el lamento de los leones,
obscura como Job junto a Luzbel!*

Marchando a la vera de la poesía de Cruchaga, siempre estaremos llevándonos los dedos a la garganta, desatándonos el nudo ciego de la emoción. ¡Por qué — preguntémonos — este perenne asalto entre el florete de la desgracia y el pecho

indefenso, blanco de éxtasis! ¡El poeta sólo conoce las saetas latentes de las golondrinas; la lanza, esmerilada de sugerencia, de los lirios; el ataque homérico del viento trotamundos! ¿Por qué esta contingencia que lo induce a una ácida reprobación de la humanidad, de sus armas y de su apelmazamiento espiritual? Así como la flama de la guerra discurre sollamando toda la arquitectura de Dios, así las violencias ocultas entornan la puerta a los torbellinos que habrán de envolver en un polvo de desolación la serenidad del poeta.

Sin embargo, desde las viejas ruinas se yergue el perfil constructor del arquitecto, que no exige más sillares que su propia voz interna para volver a crear el mundo. Y Cruchaga, herido hasta la médula por la batalla sin tregua que han entablado su genio y su demonio, va a grabar en la media tinta del crepúsculo marino, el mensaje que le llaga su costado:

EL AMOR JUNTO AL MAR

*En mi silencio azul lleno de barcos,
sólo tu rostro vive.
En el mar de la tarde el día duerme.
Eres más bella cuando estoy más triste.*

*Tiembla mi amor como una voz antigua
sobre la calma verde.
El sol cantando como los pastores,
te dió su melodía hasta la muerte.*

*Oh, tus cabellos en la tarde de ámbar!
Cerca de tu pureza soy más blanco.
Sé que jamás tu corazón sencillo
latirá en la tristeza de mis manos.*

*Eres más bella cuando estoy más triste.
En mi desgracia largamente vivo.
Soy en el desamor tan desolado
como los continentes sumergidos.*

*Tu áurea cabeza brilla
 en la tarde sutil y soledosa.
 Pobre mi corazón que está llorando,
 y hasta su Dios se va como una ola*

Para terminar sorprendiéndonos con este otro elemento elegíaco de su propiedad, otro murmullo lanzado a las cuatro esquinas del océano que le lame los pies:

JUNTO A LOS BARCOS

*Estoy junto al mar.
 Es la hora gris
 y recuerdo tus ojos oscuros
 Ya no quiero vivir ni morir!*

*Por el mar negro,
 como un remo se va el corazón.
 ¿Qué flores de almendro caen en tus cabellos?
 ¿Te duele la fragancia de la voz?
 Aquella tarde desvada,
 como una araña
 se crispó mi juventud.
 Desde todos los mástiles
 te despido aún.....*

*Por mi espíritu, espejo trizado
 pasa tu recuerdo sutil,
 y en la tarde de barcos inertes,
 escucho tu voz a través del destino.
 Ya no quiero vivir ni morir!*

Hemos arribado a la penumbra de las trizaduras tácitas, al refugio de la ortiga y del cardo, al cobijo de la bestia negra del dolor. Ya no hay planetas de oro floreciendo en el espacio, ni la espada del sol divide en dos la filosófica reconcentración de las montañas. Hemos arribado, por conducto del poeta, al poema, y este poema nos hace recordar aquel otro, maravillosamente sintético, de la poetisa quechua, que, al mo-

rir su apolíneo señor en la flor de la edad, durante un combate digno de la cuerda inmortal de la Eneida, exclama, con inscripciones imperecederas sobre la losa de su sepulcro:

¡Inti, Inti! ¡Chaupi, pumpchaupi, tutayarka!

—*¡Oh, Dios, Oh, Sol! ¡Te sorprendió la noche en la mitad del día!*

Abocándonos al calidoscopio, sempiternamente renovado, de este ciudadano de la mirra y del incienso, seguimos, una deriva peligrosa y fácil: sus versos nos arrastran hasta el oleaje hirsuto y melodioso de la tragedia. ¡Huiremos, huiremos, pero sin ningún éxito! ¡Sabremos qué distancia podríamos poner entre él y nosotros; pero tampoco esperaremos eludirlo con auxilio de la distancia! Es como las enredaderas que vencen las murallas más elevadas, sin otro instrumento de ascensión que sus pardas raíces. Anté este lírico peligro, inclinémonos y demos por perdida de antemano la resistencia. Por lo menos, por esta tolvanera de resonancias amargas:

ELLA PASO, SEÑOR.....

*Levantaré una cúpula
amarga de sollozos,
y lanzaré a los cielos
como dardos mis ojos,
y quemaré estas manos
que tocaron su rostro.
Ella pasó, Señor,
y me he quedado solo!.....*

*Que se abran estas venas
heridas, al otoño,
venas que perfumó
su perfil melancólico!
Ya nunca más mi vida
se alzará de sus hombros.
Ella pasó, Señor,
y me he quedado sólo!.....*

*¿Hacia qué mar extraño
va su vela de oro?
¿Hacia qué estrella tiende
la llama de su rostro?
Y ahora en esta noche,
¿quién le besa los ojos?
Ella pasó, Señor,
y me he quedado solo!*

Nuevamente Dios, pero un Dios reclinado en las colinas azuleantes del atardecer. En la lueña presencia de la Divinidad, está engarzado el medallón de la mujer que se ha ido, perfumando de leves pisadas el ocaso. Y nuevamente, también, la mujer ajena al sándalo de la musicalidad, extranjera en el temperamento vibratorio del que la persigüé por un laberinto atestado de caracolas.

Ha habido una franca sucesión de años; las luchas cotidianas se han empeñado en derramar simbólicas cenizas sobre los cabellos del rapsoda. Pero si de un lado aturde el sordo tambor de las cosas ya inexorablemente desaparecidas, de otro, es la escala de Jacob la que comienza a diseñar sus pedañes de diamante. Es el sueño después de la fatiga. Y la cabeza tiene ya dónde recostar su inconmensurable período de sufrimientos. El poeta, soliloquia buscando el eco en el silencio.

RAMA DE BOJ

*Rama de boj para que juegue un gnomo
y se corone como un dios las sienas,
rama para que un ángel
detenga entre sus manos a la muerte.*

*Rama de boj, sortija para un niño
—acuario en flor, humedecida llama—,
suave como la ojera moribunda
en donde la pupila halló su playa.*

*Rama de boj para sentir el día
que te crece en cielo de la mano,
amuleto de amor de la doncella
que desolada llora hace mil años.*

*Rama de boj, rincón de la dulzura
para el viajero que rompió su horóscopo
y sabe que la noche se desviste
en un largo latido de heliotropo.*

*Rama de boj para tus brazos lentos,
para tu boca y su doliente signo
en este día bajo las acacias
que perfuman el canto de los grillos.*

*Rama de boj que miran los enfermos
desde el verde reflejo de su cara
mientras la vida de sus dedos huye
y comienza el camino de las alas.*

*Rama de boj, destello para el pobre,
agua de los humildes, detenida:
el corazón te busca, compañera
del azahar, el pájaro y la hormiga.*

El eco le responde, a veces, con asonancias teñidas en el escarlata de la muerte. Y él, como Isaías, se empina por sobre el desastre y la catástrofe; y de su genuino venero español, de su ascendencia antiquísima y hierática como la Vasconia misma, extrae la frase que nos trueca en más españoles y en más ibéricos a todos los que descendemos de la altiva España, de esa orgullosa loba que tuvo por fecunda labor engendrar lobatos más allá de los mares, y diseminar su feroz hidalguía en la superficie virgen y aborigen de todo un Continente. Cuando Angel Cruchaga nos madura el oído con su vibrante poema, *España del honor*, entonces nos aventa el grito, el aullido cobarde, para qué, inyectada la laringe de virilidad, exclamemos: «¡Yo soy español! ¡madre España: soy tu hijo, y mis hijos serán tus hijos, pese a quien te destruye y te desangra!»

Nosotros, republicanos de América, enamorados de un ideal que nos ha nutrido desde que ingresamos al concierto de las naciones libres del orbe, hemos sentido en carne viva la hecatombe española. Y a pesar de que en estos instantes se ensombrece de nuevo la perspectiva mundial, con una monstruosa orgía bélica — verdadera negación de la humanidad y

la civilización —; a pesar de que una dramática cortina se corre ante nuestras más próximas esperanzas, no podemos sino vislumbrar un vigoroso renacimiento de la patria española, como baluarte de granito de la Libertad y el Derecho.

Chilenos, hagamos una profesión de fe nuestra, el poema de Cruchaga, que se despliega con estas notas cálidas y sobrias, al mismo tiempo.

ESPAÑA DEL HONOR

*Oh tú, la más herida! En tu muerte sin llanto
duelen todas las venas. Oh, esposa desangrada!
En todos los racimos hay miel para tu boca
donde el olivo puso su aceite de esperanza.*

*Para tu rostro pálido de cal y de azucena,
para tus hombros rubios que sostienen tu noche,
tus hijos levantaron la luna de sus pulsos,
encima de tu sangre movida como un bosque.*

*Ah, cómo no besarte en tu casa de fuego,
en tus pies lastimados, en tus senos heridos,
si el corazón te busca como a un mar crepitante,
en tu altar con palomas y moribundos niños.*

*Y cómo no sentirte, España, en el sollozo,
en la vigilia turbia que crece en las ojeras,
en tu actitud de estrella entregada a la muerte.
Oh, tú, maravillosa mujer de sal y piedra!*

*Más allá de los mártires, más allá del incendio,
más allá de la vida se elevan tus dos brazos.
Más allá de las tumbas solas de los mendigos,
te mueves entre heridas y oscuros meridianos.*

*España que amanece cada día en el pecho,
asida al corazón nuestro como una honra:
nadie hará que tu cuerpo se incline de rodillas.
Ni cielo y tierra vencerán tu rosa!*

*Sobre los muertos niños, sobre los campos puros,
el invasor anima su caballo de llamas;
pero sobre la espiga sangrienta del infierno,
ya suena el caracol de rocío, del alba!*

*De mar a mar, España; de muerte a muerte, España,
la que va en nuestras manos y besa nuestra rostro!
la que no ha suspirado en mitad de la hoguera,
pero que inundó de llanto nuestros ojos!*

*Sobre todas las tumbas se conmueven tus pájaros,
España del ciprés. España del martirio.
Y sobre los escombros hay una voz que avanza:
Yo nunca moriré! Lo sabes! Hijo mío!*

Difícilmente abandonaremos este clima taumatúrgico, si no es para paladearlo más. Es el hechizo total. Como un viaje por una república de campanarios locos y de caballos dormidos al pie de los molinos. Al Norte, una cruz; al Sur, un valle con un río de vidrio inmóvil; al Este, una herida irrefectable; y al Oeste, la chilenedad enferma de paisajes y amapolas: tal es la comarca inmemorial en que le ha tocado vivir a Angel Cruchaga. Y cuando en su libro más reciente, es a Chile a quien canta y encanta, nos descubrimos no sin la abierta vergüenza de confesar que teníamos entre los dedos la arcilla para confeccionar un canto, un canto magistral, alto como una columna, prepotente como el mar; pero que él vino y nos la arrebató, devolviéndonosla más ennoblecida, más brillante y con más abolengo de canción. Oigámoslo:

CANTO A CHILE

*En tí he nacido, frente a tu montaña,
y me persigue el corazón tu rostro,
y los valles se acuestan en mi vida
y mueven el murmullo de mi sangre.
De norte a sur, como una caravana,
el mar te grita con sus amazonas,
y tú, adormido, escuchas tus canelos,
tus robles y la flauta de tus álamos.*

Pasan los ríos destrenzando el tiempo
y en ellos gime la montaña sola.
El sol del norte te quemó los pulsos
y ardiste como el ojo de los cíclopes.
Calcinada región donde la tierra
se comba para recibir el agua
que suspira en la fronda y en el pájaro.
País de cobre, de jazmín, de cera:
asordan en el sur todas tus islas
que en la noche parecen los escudos
de los dioses marinos desterrados.
Islas de los pájaros del viento,
doncelas puras de los pescadores,
suave milagro de los vagabundos.
Tierra del indio con olor a lluvia,
a hierba, a soledad, olor a sangre.
Tierra con llanto montañés, teñida
con el humo fragante de la ruca
en donde aun persiste la epopeya
—hondas, lanzas, caballos al galope
y gritos que penetran en la muerte,
en el metal, en el rumor del agua—.
Oh, tierra del espino que perfuma
hasta el delirio de vencer el cielo
y entrar en el influjo de los ángeles!
Campos de correhuela y amarillo
matiz del yuyo que sus flores mueve
hasta un límite azul de golondrina.
Alamos sobre la casa del labriego
que ara en el sol y afirma la manquera
como en tiempos de Job, celeste hermano!
dueño del agua, dueño del caballo
que resopla a la estrella detenida
en el sauce nocturno.
Campo de trigo donde la esperanza
es un pecho de bronce que fulgura
en el ardor ferviente de la espiga.
Tierra del vino, del lagar jocundo
donde llora el racimo su fragancia,
donde danzan los ebrios de la mano
como para entrar en el infierno.

*Oh, tierra de los álamos dormidos
como en la magia de los surtidores!
Tierra donde el mar pule cristales
y se rapta la niña de la costa.
En tí he nacido, frente a tu montaña,
y me persigue el corazón tu rostro.*